

vigor el año de 1333. La universidad de París, en donde se agitaba esta misma cuestión, había abrazado la opinión contraria á la que el papa defendía; y aun se tenía por absolutamente opuesta á la escritura y tradición la que seguía Juan XXII. En Aviñon se pensaba de otro modo. Los más de los cardenales habían admitido por adulacion las ideas del pontífice, cuyo entendimiento vivo y penetrante gustaba de ejercitarse en cuestiones difíciles.

Adoptar una opinion en punto de teología quien ocupa el primer lugar en la Iglesia, es empeñarse en hacerla prevalecer. Los cardenales que eran del parecer del papa sobre la dilacion de la vision beatífica, tuvieron al general de los padres menores Gerardo Eudes, y á Arnaldo de san Miguel, domiciano, penitenciario del papa, por sujetos á propósito para acreditar esta opinion en las escuelas de París. Estos dos hombres pasaban en su tiempo por teólogos hábiles y predicadores eloquentes. Luego que llegaron á París, se valieron de todo su saber y talento, para corresponder á la esperanza de los que los habían enviado. Enseñaron la doctrina que Juan XXII. creia estar apoyada en el testimonio de muchos santos padres y de escritores acreditados, cuyos pasages había recogido. En las escuelas de París y en toda la iglesia de Francia estaban persuadidos que la vision intuitiva se concede á los santos inmediatamente después de su muerte; y así la doctrina anunciada por los dos predicadores pareció escandalosa y aun errónea. La corte se sobresaltó, y representó al papa lo perjudicial de una opinion, cuyos defensores se cubrían con su autoridad, y al mismo tiempo dieron los doctores de París sobre la cuestión que tenía discordes los animos una declaración doctrinal, por la qual reconocían: 1.º que desde la muerte de Jesu-christo, redentor del género humano, las almas de los santos, así las que están inocentes y puras á la hora de la muerte, como aquellas cuyas faltas ligeras han acabado de purificar las penas del purgatorio, son admitidas á la vision patente, clara, intuitiva y beatífica de la esencia divina: 2.º que esta vision después de la resurrección de la carne será la misma por toda la eternidad. El testimonio de esta declaración, confirmado en una junta numerosa de la universidad, se envió al papa por el rey y por los doctores que la habían hecho.

Juan XXII. recibió poco tiempo antes de su muerte la declaracion, cuya substancia acabamos de referir, la qual no podia ser mas clara, ni decidir la cuestión en términos mas precisos. Parécenos que las razones explicadas en las cartas que la acompañaban, hicieron impresion en el pontífice, que ya se sentia cercano á su fin; porque en sus últimos instantes congregó todos los cardenales que había entonces en Aviñon, y les hizo leer una bula que había hecho extender para hacer notorio á la posteridad su verdadero sentir sobre la cuestión beatífica. En ella declaraba que jamás había pretendido que se tuviese la opinion que parecia haber él defendido por definicion ni dogma de fe; que se atenia sobre este punto, como en todos los demas, á la doctrina fundada en la Escritura, la tradicion y la enseñanza de la Iglesia; que sujetaba á la sentencia de sus sucesores y al tribunal de la Iglesia quanto había podido decir ó escribir sobre esta materia; y que para quitar toda duda declaraba, conforme á la fe católica, que las almas santas que estan puras de toda mancha son recibidas en el cielo, y ven á Dios cara á cara, segun la expresion de san Pablo, en su esencia y perfecciones. Juan XXII. murió en esta opinion, cuya sinceridad atestiguó solamente su sucesor Benedicto XII. en una bula, en que refiere las propias palabras de su última declaracion. Por otra parte, esta concebida en términos tan claros y tan conformes con la doctrina católica, que no debe causar mucha maravilla que haya cerrado la boca á los que han procurado hacer sospechosa la fe de este pontífice.

#### ARTICULO XI.

##### *Personas ilustres en santidad. Nuevas ordenes religiosas.*

Conforme al método que ya hemos seguido, vamos á escoger entre las personas insignes en santidad de este siglo aquellas cuya historia presenta sucesos, que nos han parecido mas á propósito para interesar á nuestros lectores y edificarlos. Reduciremos á quatro, san Ives, cura de la diócesis de Treguier, santa Catalina de Sena, santa Brígida de Suecia, y el beato Pedro de Luxemburgo.



Bretaña fué la patria de san Ives, presbítero y cura de la diócesis de Treguier, que en todos tiempos se ha propuesto á los pastores de segunda clase, como exemplar perfecto de las virtudes correspondientes á su estado. Nació en el pueblo de Menchi, dos leguas de Treguier, el año 1253, de padres nobles y virtuosos, que le dieron una educación conforme á su esfera y á sus sentimientos. Ives tuvo los primeros estudios en su país, y desde este tiempo se advertía en él una rectitud superior á su edad. Sus padres lo enviaron á París á que perfeccionase allí sus conocimientos, y se aprovechase de las lecciones públicas al lado de los mas hábiles maestros. Aprendió filosofía y teología, y después se aplicó al estudio del derecho canónico y civil en la universidad de Orleans, la mas acreditada que entónces habia para estas dos ciencias. Instruido por medio de una aplicacion continua, se halló muy á tiempo en disposicion de ocupar distinguidamente los empleos que requieren en los que los sirven unidas las luces con el desinterés y la equidad. El obispo de Rennes lo hizo desde luego oficial de su diócesis, cargo importante, y que pedía un trabajo continuo; en un tiempo en que la extension de la jurisdiccion eclesiástica hacia tan crecido el número de causas que se llevaban á los tribunales eclesiásticos. Ives para excusar á las partes de pleytos largos y costosos se desnudaba, siempre que podia, de la qualidad de juez, y tomaba la de mediador. De este modo componia una infinidad de pleytos, y cortaba en el principio las enemistades de que regularmente son causa. Su zelo no se contentaba con estos ejercicios penosos. Iba tambien á abogar como simple abogado á qualquiera tribunal en favor de los pobres que no hallaban otro defensor. Muchas veces asimismo, quando tenían buena causa y el contrario era poderoso, les suministraba el dinero que habian menester para defender su derecho. Infatigable en el trabajo, ponía en el exámen de los negocios toda la aplicacion de que era capaz, para descubrir la verdad por entre las nubes con que el enredo y la mala fe procuran ocultarla.

Después de haber pasado muchos años en un empleo, que todavía nadie habia desempeñado mejor que él, lo llamó á su patria el obispo de Treguier. Este prelado, que conocia su virtud y talento, le confió el gobierno de un cu-

rato en el campo. En este nuevo ministerio no dió un paso el zeloso pastor que no se dirigiese á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas. Instruir á su pueblo, visitar los enfermos, consolar y socorrer á los afligidos, componer las discordias, reconciliar á los enemigos, exhortar á los pecadores, remediar los abusos, contener los escándalos; en una palabra, hacerse todo para todos, para ganarlos á todos para Dios; tal fué la vida de este santo hombre en quanto tuvo á su cargo el cuidado de las almas. Juntaba el exemplo con la instruccion, y aquellos á quien se esforzaba á santificar, veían en su conducta la imágen de sus lecciones. La mortificacion, la caridad compasiva, el despego de todo interes personal, y el amor á los pobres eran las virtudes que principalmente resplandecian en él. Este santo pastor murió de edad de 50 años en el de 1303. Su vida austera y sus trabajos continuos abreviaron sin duda sus dias. Dios manifestó la santidad de su siervo con los milagros que se obraron en su sepulcro. El papa Clemente VI. lo canonizó el año 1347.

Santa Catalina de Sena nació en la ciudad de que tomó el nombre el año 1347. Sus padres eran de mediana esfera, pero virtuosos. Educáronla en la piedad, y desde su infancia manifestó un genio serio, propenso á la meditacion, y una inclinacion declarada al retiro. Su gusto la arrastraba á la vida contemplativa; y para conseguirlo enteramente entró como á la edad de 20 años en la congregacion de las monjas de la penitencia de santo Domingo. El silencio, el ayuno, las vigiliyas y la oracion eran los ejercicios diarios de las que vivían baxo de este instituto. Catalina se distinguió entre todas las demas por su puntualidad en cumplir con los ejercicios de la regla. Era en todo el exemplar de sus hermanas; añadia austeridades particulares á las mortificaciones de estatuto; y su ansia por la penitencia no veía nada que fuese superior á sus fuerzas. La oracion era su ocupacion continua; y tanto gusto recibía en ella, que siempre se le hacia corto el rato que destinaba á este ejercicio. En poco tiempo hizo tan grandes progresos en la via interior, y recibió del cielo favores tan señalados, que á veces se duda si se debe dar crédito á todo lo que de esto cuenta el autor de su vida. Este es Raymundo de Capua, dominicano, que en adelante llegó á ser general de su orden. Era confesor de Catalina, y habla como testigo de



los mas de los hechos que refiere. Sin embargo confiesa que él mismo dudó por algun tiempo de las cosas extraordinarias que su penitente le contaba; y añade que no llegó á rendirse hasta haber visto por sus propios ojos algunas de las maravillas que se obraban en ella. Ninguna referiremos; dexando á cada uno la libertad de dar al testimonio de Raymundo de Capua aquel crédito que le parezca debersele.

En otra parte hemos tocado las diligencias que esta piadosa vírgen hizo para persuadir al papa Gregorio XI. á trasladar á Roma la silla apostólica, y el valeroso zelo que mostró para contener el cisma recién nacido despues de la eleccion de Urbano VI., á quien siempre fué afecta, teniendo por la verdadera y única cabeza de la Iglesia. Las cartas que escribió para reducir á la obediencia de Urbano á los que se habian separado de ella, estan llenas de aquel fuego y eloqüencia eficaz, que son el language del convencimiento y de lo que se siente. El papa que la habia conocido ántes de su exáltacion, y que desde entónces la estimaba con particularidad, se lo manifestó mas claramente en agradecimiento de los servicios que procuraba hacerle. Quiso tambien que asistiese á una junta de cardenales, y que llevase en ella la palabra; lo que hizo con tanta fuerza y dignidad como los oradores mas consumados. El triste estado de la Iglesia, despedazada por el cisma, y manchada con los escándalos, la penetraba de un vivo dolor. Este sentimiento, junto con una aplicacion de espíritu incessante y con las austeridades que no sabia moderar, le hicieron contraer ántes de tiempo enfermedades que la llevaron al sepulcro en edad poco avanzada. Murió de 33 años en el de 1380; y el papa Pio II. la canonizó en el siglo siguiente, á los 80 años de su muerte.

Santa Brígida de Suecia no es ménos célebre por el número y carácter de sus revelaciones, que santa Catalina de Sena. Nació en Suecia á principios del siglo XIV. de una familia ilustre y poderosa, que tenia la honra de estar enlazada con los soberanos de este reyno. Casóse con un señor del pais, llamado Vulfon, de quien tuvo ocho hijos, que todos se tienen por bienaventurados. De vuelta de una romería que habian hecho juntos estos dos esposos á Santiago de Galicia, resolvieron uno y otro abrazar la vida religiosa. Unos pretenden que Vulfon murió, antes de ha-

ber cumplido este piadoso propósito; y otros quieren que haya entrado en la órden del Cister, en donde murió al cabo de algunos años. Sea lo que fuere de estas dos opiniones, lo cierto es que desembarazada Brígida de todo vínculo con la muerte ó con la retirada de su marido, fundó hacia el año 1344 en la diócesis de Lincop un monasterio de 60 religiosas, y un hospicio para 25 hermanos, dedicados al servicio de esta comunidad. La regla que dió á unas y á otros es con corta diferencia la misma que la de Fuentelbrando. Brígida vino de Suecia á Montefiascone en Italia á pedir al papa Urbano V. la aprobacion de esta regla. Despues de haberla conseguido, exhortó fuertemente al papa á que no volviese á trasladar la silla apostólica á Aviñon; y aun se ha sentado, que anunció cercana la muerte á este pontífice si volvía á pasar los montes: prediccion que se cumplió poco tiempo despues de su vuelta al condado.

La santa viuda estaba muy dada á la oracion, que era su exercicio principal y casi continuo. El hábito que tenia de derramar su corazon delante de Dios y de estudiar su voluntad, junto con el deseo ardiente de conformarse con ella en todo, le persuadian que el cielo la dirigia en todos sus pasos por medio de avisos secretos. Esta fué la idea que la movió á emprender el viaje de Jerusalem, sin embargo de tener 69 años de edad. Creyó que Dios le habia mandado hacer esta romería en una de aquellas revelaciones con que decia ser favorecida á menudo. Despues de haber visitado los santos lugares volvió á Roma, en donde murió con vehementes afectos de piedad el año 1373. Al siguiente fué trasladado su cuerpo á Suecia, y enterrado en el monasterio que habia fundado. Dios obró muchos milagros en su sepulcro; los que determinaron al papa Bonifacio IX. á canonizarla el año 1391. Sus revelaciones, recogidas en ocho libros, se sujetaron al exámen del concilio de Basilea el año 1431; y se pretende, que si se libertaron de censura fué por la astucia con que el cardenal Torquemada hizo relacion de ellas.

Pedro de Luxemburgo nació en Ligni el año 1369. Fueron sus padres Guido de Luxemburgo, conde de Ligni, y M. de Chatillon, condesa de san Pablo. Era pariente del emperador Wenceslao, de Segismundo, rey de Hungría, y de Carlos VI., rey de Francia. Su educacion



correspondió á lo ilustre de su nacimiento y al puesto que algun dia habia de llegar á ocupar en el mundo. Todas las lecciones que tomó se dirigian tanto á la virtud como á las ciencias. De edad de 8 años se le envió á seguir los estudios á París, en donde mostró admirable disposicion para todas las ciencias, é inclinacion manifiesta á la piedad. A los 10 años le dió el papa Clemente VII. una canongía en la Iglesia de París. Dos años despues se proveyeron en él dos prebendas y dos arcedianatos; y aun no tenia 15 años quando el mismo pontífice le confirió el obispado de Metz; y poco tiempo despues fué ensalzado al cardenalato. El motivo de Clemente VII. para reunir tantos beneficios y honras en la persona de este jóven eclesiástico, era retener la Lorena y los países inmediatos en su obediencia por medio del crédito de una familia poderosa. Así es como la política era el móvil de todo en las dos córtes de los pontífices que disputaban entre sí la silla apostólica; y nada puede dar á entender mejor los males infinitos causados por el cisma, que este trastorno de todas las reglas.

El jóven cardenal conoció el peso de todas las obligaciones anexas á estos varios cargos, y sobre todo las de la dignidad episcopal. No obstante su poca experiencia, emprendió la visita de la diócesis de Metz, para hacerse cargo de las necesidades y abusos, proponiéndose remediarlos quando la unción del sacerdocio reuniese en él la autoridad del carácter con la de la dignidad. Usaba de una liberalidad sin límites con los pobres y con las iglesias. Enemigo del fausto, cuyo resplandor brillaba por todas partes al rededor de él sin deslumbrarlo, iba vestido sencillamente, reynando la misma simplicidad en su casa y mesa; y todo en su exterior anunciaba aquella antigua modestia, que era el principal ornato del clero en los felices dias de la Iglesia. En secreto practicaba mortificaciones excesivas, asegurándose que igualaban á la de los religiosos mas austeros, aun despues de moderadas de orden del papa. Tantas virtudes en una edad en que las pasiones extravían los mas de los corazones, y en un siglo en que el exemplo incitaba á las delicias y á todo deleyte, anunciaban á la Iglesia que algun dia trabajaria por su gloria; pero estas felices esperanzas no llegaron á efecto, porque la muerte arrebató al que las prometia el año 1387 á los 18 de edad. Su fin anticipado se atribuyó á los ayunos, vigiliass, maceraciones y otros

ejercicios de penitencia á que se entregaba con un zelo, que debiera haberse arreglado con mas prudencia.

En el siglo XIV. se vieron dos nuevas congregaciones religiosas, conocidas con los nombres de congregacion de Monte Olivete, y de jesuatos ó jesuitas. La primera tuvo por fundador un célebre profesor de derecho civil, llamado Juan Tolomei, de una familia noble de Sena. El caso que lo determinó de repente á dexar el mundo para consagrarse á Dios en la soledad, lo cuentan de este modo los historiadores de su vida. Un dia que se disponia para dar su leccion pública, y que lo esperaba un gran concurso de oyentes, le acometió un mal de ojos tan violento, que temió perder de todo punto la vista. Instado de este temor y de lo agudo de los dolores, se puso en oracion, y dirigiéndose á María santísima, hizo voto de dexar el siglo si conseguia curar. Habiéndolo alcanzado inmediatamente, pasó al aula, no á explicar como siempre la leccion, sino á contar á los que se habian juntado allí el favor singular que acababa de recibir, y la resolucion que habia meditado. Habló del menosprecio del mundo, y de la felicidad de servir á Dios con tanta fuerza y unción, que inspiró la misma idea á muchos de los que lo escuchaban.

Fiel á su vocacion Tolomei tomó por empeño el cumplirla sin tardanza. Retiróse á un parage solitario, llamado el Monte Olivete, en la diócesis de Arezzo, con otros dos nobles seneses que se le agregaron. A poco tiempo vinieron á buscarlo nuevos compañeros; y juntos echaron los cimientos de un oratorio, con algunas celdas al rededor. Este primer establecimiento se pone en el año 1319. Su vida penitente y retirada hizo temer á algunos no estuviese mezclada con el error su piedad, y no hubiesen adoptado alguna de las máximas perniciosas de que tantos falsos místicos estaban inficionados. Con esta idea los denunciaron al papa Juan XXII., quien habiéndolos hecho venir á Aviñon, los examinó escrupulosamente; y encontrando que no habia en ellos nada que no fuese piadoso y digno de aprecio, los remitió al obispo de Arezzo, comisionando á este prelado para darles regla, y confirmar su instituto. El obispo comisionado por la santa Sede les permitió edificar un monasterio á honra de la Virgen santísima, y vivir en él baxo de la regla de san Benito. Tal fué el ori-



gen de esta órden, que sin haber tenido tantos adelantos como otras muchas, se ha conservado sin embargo hasta nuestros dias.

La segunda congregacion religiosa que tuvo su origen en el siglo XIV. es la de los *Jesuitos*. Diósele este nombre, porque los que la componian en los principios tenian continuamente el nombre de Jesus en la boca. Juan Colombino, ciudadano de Sena, fué su fundador. Este era un hombre muy interesado, que no amaba mas que el dinero, y que ponía toda especie de medios para juntarlo. Escríbese que un dia volviendo á su casa á comer no encontró nada dispuesto, lo que le irritó sobre manera: su muger que era muy piadosa, le dió un libro para entreternerlo entre tanto que disponia la comida: al principio lo tiró al suelo; pero sosegado un poco, lo volvió á coger, y lo abrió, y vió que era de vidas de santos. Habiendo dado en la vida de santa María Egipcíaca, tocado de las virtudes de esta admirable penitente volvió sobre sí, y resolvió desde aquel instante hacer vida mas christiana. Inmediatamente poniendo manos á la obra dexó los medios ilícitos de que se habia valido hasta entónces para enriquecerse; dió grandes limosnas, oró mucho, ayunó y castigó su cuerpo con maceraciones y penitencia. Su muger que hacia mucho tiempo que pedia á Dios su conversion, apoyó estos felices principios con sus exhortaciones y exemplo. Por último, despues de la muerte de un hijo á quien amaban tiernamente, y la profesion de una hija que abrazó la vida religiosa, se separaron los dos esposos para consagrarse al servicio de Dios.

Entónces Juan Colombino vendió toda su hacienda, y distribuyó su precio á los pobres. Reducido él á pobreza con este desapropiamiento voluntario, anduvo las ciudades y pueblos de Toscana predicando penitencia, y exhortando á los pecadores á mudar de vida por el temor del juicio de Dios. Al principio no tuvo mas que un compañero, llamado Francisco Vincenti, ciudadano de Sena como él; pero algun tiempo despues contó mas de 60 discípulos. La vida errante que llevaban, y la singularidad de su trage hizo sospechar no fuesen estas buenas gentes alguna rama de las sectas fanáticas que inficionaban entónces la Alemania y la Italia. El papa Urbano V., á quien se presentó Colombino con sus compañeros el

año 1367, los hizo exâminar sobre la fe y las costumbres. Habiendo hallado que su doctrina era pura, y su conducta exemplar, aprobó Urbano su instituto, y les vistió el mismo el hábito que habian de llevar. Este era una túnica blanca con una capucha del mismo color y una capa parda. La regla que tomaron fué la de san Agustin. Juan Colombino murió el mismo año; y el martirologio romano hace memoria de este piadoso fundador el último dia de Julio. La congregacion de los jesuitos la suprimió el año 1668 el papa Clemente IX., despues de haber subsistido en la Iglesia por 300 años.

## ARTICULO XII.

*Estado de las letras y de las ciencias en Occidente en el siglo XIV: escritores eclesiásticos que florecieron en este tiempo.*

El siglo XIV. ocupa en algun modo el medio entre los tiempos de ignorancia, y aquellos en que la luz de las letras disipó poco á poco las tinieblas que cubrian todavía una parte de la Europa. Mas esclarecido este siglo que el XIII. anunciaba, aunque débilmente, la claridad que habia de empezar á extenderse luego que las ciencias y artes, echadas de Constantinopla por nuevos conquistadores, se refugiaban en Italia, en donde príncipes generosos las recibirían con distincion, y harian quanto estuviese de su parte para hacerles olvidar su antigua patria. La fermentacion que se habia excitado en los ánimos hacia algun tiempo, y los esfuerzos que ponian para acercarse hácia los verdaderos principios de la literatura y del gusto, cuyos vestigios se habian perdido, iban en aumento cada dia mas. Habia en las almas un fondo de inquietud, ó por mejor decir, un impulso de actividad, que se descubria en toda especie, y que se dirigia á destruir los obstáculos que la ignorancia y las preocupaciones oponian á los progresos de la razon. Es verdad que estos no eran todavía mas que unos movimientos ciegos y sin regla; pero tambien es cierto que preparaban una revolucion, que no tardó mucho en efectuarse, y que poco á poco ha conducido las artes y letras á los felices tiempos que veremos salir despues.